

## Cultura y socialismo: los 'Extraordinarios' de "El Socialista" (1893–1912)

Carlos Serrano

Université Paris-Sorbonne (P. IV)

"Que la revolución intelectual ha de preceder a la material para que ésta sea fuente de bienestar y de adelanto positivo, no cabe duda," escribía el anarquista Juan Lluas en el prólogo a la novelita *Justo Vives* de su compañero Anselmo Lorenzo (1893: 2). Este postulado, siempre reafirmado, hizo que los militantes libertarios prestaran una particular atención a los asuntos culturales – instrumentos de la ansiada "revolución intelectual" –, otorgándoles un lugar preeminente en sus actividades y en su prensa. Por lo mismo, optaron desde temprano por publicar revistas, órganos más propicios al debate de ideas que a la crónica de la actualidad: basta recordar aquí algunos títulos como *Acracia* (1886–1888), *Ciencia social* (1895–1896) y, desde luego, *La Revista blanca*, nacida en 1898.

Los planteamientos socialistas, en éste como en otros muchos campos, fueron diferentes. Sin negar la importancia de la educación de los trabajadores, el partido socialista no subordinaba la emancipación social a la emancipación intelectual y, sobre todo, no pretendía sustituir la carencia del Estado por su propia política educativa. Por lo mismo, los socialistas españoles carecieron durante mucho tiempo de publicaciones propias que pudiesen competir con las mencionadas revistas ácratas. La fugitiva existencia de *La Ilustración del pueblo*, dirigida durante algunos meses de 1897 por el socialista Alvaro Ortiz, no contradice esta observación y hay que esperar el principio del presente siglo para encontrarse con las primeras revistas socialistas, *La nueva era* de 1902 o *La Revista socialista* de 1903. Mientras tanto, *El Socialista*, entonces semanal, suplía parcialmente esta ausencia y hacía las veces de órgano propiamente político y de instrumento de difusión cultural, aspecto este último que cobró una nueva dimensión después que, acatando la decisión de la Internacional, en 1890 el P.S.O. empezase a celebrar el 1º de mayo con manifestaciones callejeras y reuniones varias. Surgió entonces la idea según la cual también convendría dar una dimensión intelectual a este acto propiamente obrero y, a partir de 1893, se inició la publicación de un número "extraordinario" de *El Socialista*, cada año para aquella fecha. Ajeno a la política inmediata y dedicado exclusivamente a colaboraciones teóricas, artísticas o literarias, esta fórmula del "extraordinario" perduró de tal modo que, ateniéndose sólo a la primera época del periódico (que en 1913 pasó a ser diario), se dispone de un *corpus* que, de 1893 (primero de la serie) hasta 1912 (último de la primera época), cubre cronológicamente un período de veinte años, y proporciona una amplia información sobre la cultura, tal como la entendieron los socialistas españoles en torno a 1900.<sup>1</sup>

En lo esencial, la presentación de estos "extraordinarios" no varió con el tiempo, siendo sin embargo de notar el carácter excepcional del número de 1898 que, con ocho páginas, duplicó el volumen habitual. En la primera plana, generalmente ilustrada con un grabado, aparecía siempre un artículo firmado por "La Redacción", recordando el significado de la fecha que se celebraba, al que seguía, en los primeros años, la lista de las reivindicaciones principales del P.S.O. a este propósito. Entre 1893 y 1895 venía luego una sección titulada "Del exterior" o "Desde fuera", en la que se incluían los mensajes de solidaridad y amistad dirigidos al P.S.O. por los demás partidos socialistas, o algún artículo dedicado al desarrollo del movimiento popular en varios países. Esta sección desapareció luego como tal, confundándose su materia con la de la sección general.

Esta se componía, desde un principio, de colaboraciones de índole muy diversa. Pueden encontrarse aquí desde artículos relativamente largos, escritos para la circunstancia por algún autor español o traducidos de un periódico extranjero, hasta muy breves fragmentos, a menudo reducidos a una mera frase (razón por la cual los designo como aforismos) de los clásicos del pensamiento revolucionario, poemas, un cuentecillo, etc. En total, durante el período considerado e incluyendo bajo la denominación común de "anónimo" los pocos textos publicados sin firma o con un evidente seudónimo (como por ejemplo, "Un socialista", "Lux" o "Veritas"), pero con exclusión de "La Redacción", se llega a un total de 177 autores diferentes que, de una forma u otra, colaboraron episódica o regularmente en esta serie de los "extraordinarios". Pero su distribución en el tiempo es bastante desigual. En efecto, si la media, para todo el período, es de 23,6 autores por número, ninguno de los "extraordinarios" del presente siglo rebasa esta cifra: el promedio de autor por número es de 25,7 entre 1893 y 1899, contra sólo de 19 entre 1901 y 1907, recuperándose después de esta última fecha las cuotas anteriores. Pero esta disminución relativa y estabilización en el número de colaboradores por número no significó el empobrecimiento de éste en su contenido, sino más bien, paradójicamente, su enriquecimiento. En efecto, los "extraordinarios" de los primeros años otorgan una mayor importancia a los mensajes venidos de fuera (a veces puramente protocolarios) y a los que he llamado aforismos. La multiplicación de estos textos muy breves incrementa el número de autores, pero más por falta real de sustancia que por abundancia de materia: así es, por ejemplo, como el número del año 1893 incluye aforismos sociales de nada menos que nueve autores franceses (desde los contemporáneos, como Deville o Edouard Vaillant, hasta los "utópicos" como Considérant, Blanqui, Fourier, el propio Saint Simon e incluso Babeuf), dos italianos (Labriola y Ciccotti), dos belgas (Anseerle, Henrion), además de Marx, y Lasalle: en total, 15 autores, más de la mitad, pues, de los 28 colaboradores censados aquel año. Claramente se trata aquí de completar el número como sea y, faltando la materia original, se recurrió a este expediente de los aforismos. No así ocurrió en 1895, el año que, con 35 colaboraciones, más altas cuotas alcanza en este terreno. Esta proliferación corresponde a una tentativa nueva, la de hacer participar todos los posibles colaboradores regionales con los que podía contar el partido: es esta la única vez que participan en los "extraordinarios" del órgano madrileño militantes como Perezaguá o Valentín Hernández,

dirigentes de la agrupación socialista de Bilbao y responsables de su *La Lucha de clases*, los barceloneses Pich y Creus o Tomas Reoyo, el poeta socialista alicantino Carratalá, etc. En definitiva, cada firma aparece aquí con la mención de su ciudad o provincia de origen que, además de Madrid, son trece, muy representativas de los principales focos de implantación del P.S.O. en aquellos años, puesto que van de Gijón y El Ferrol hasta Linares, de Burgos a Valencia ... Evidentemente, se trata de demostrar el carácter "nacional" del partido, subrayando la multiplicidad de los colaboradores, venidos de los distintos puntos del territorio.

La masa de los autores es, pues, variable según los años y las circunstancias. Pero el estudio de su composición permite observar algunas grandes tendencias. Por una parte están los colaboradores ocasionales, que aparecen una sola vez a lo largo de aquellos veinte años y que, siendo 100, representan más de la mitad del total; a la inversa, existe una plantilla más o menos estable de autores cuyas firmas aparecen regularmente en la serie examinada. En total, 28 autores, algo más del 15 % del total, colaboran cinco o más veces a estos "extraordinarios" y sólo once lo hacen diez o más veces. Entre estos autores permanentes, importa subrayarlo, no figura ninguno de los teóricos del socialismo: Marx sólo es utilizado tres veces, Engels cuatro (con una interesante carta al P.S.O. en 1893, por cierto), Jules Guesdes tres, Kautsky una... La plantilla permanente sólo incluye a un extranjero célebre, Edmundo de Amicis (con seis textos editados a lo largo de los veinte años), y se compone, además, como es natural, de algunas figuras claves del socialismo español, como son Jaime Vera (diez colaboraciones), Francisco Mora (diez igualmente), Casimiro Muñoz (doce), el poeta militante Ortiz (once); el propio Pablo Iglesias interviene once veces (pero sólo a partir de 1898), mientras García Quejido, algo postergado con seis colaboraciones, precede sin embargo a Juan José Morato (con cuatro).<sup>2</sup>

Lo más notable, desde luego, es que se suman al pequeño grupo de colaboradores más fieles algunos intelectuales de copete, encabezados por el catedrático salmantino Pedro Dorado, quién, con catorce colaboraciones en veinte años, es el más asiduo de todos; pero le sigue de cerca Miguel de Unamuno, cuyo caso requiere un comentario aparte. Su colaboración en la serie de los "extraordinarios" de *El Socialista*, a menudo comentada en base a una información incompleta, es, en efecto, excepcional por su duración, pero también por su precocidad. Se inicia en 1895 – a poco de haberse afiliado al P.S.O. – y se interrumpe en 1897–1898, años de crisis espiritual y de apartamiento del socialismo; vuelve a colaborar en 1899 (en pleno auge del regeneracionismo, al que mira con desconfianza) y a partir de 1902 entrega una contribución anual hasta 1911 (con la excepción de 1909), a pesar de no ser ya miembro del partido.<sup>3</sup> Esta evolución, propia del itinerario intelectual e ideológico de Unamuno, se inscribe sin embargo en una tendencia general, que, en realidad, el catedrático salmantino parece sobre todo prefigurar. En efecto, el examen de las diversas colaboraciones en los "extraordinarios" del 1º de mayo muestra que en 1898 se produce un evidente giro en esta serie. Hasta ese momento, las firmas que aparecen son esencialmente las de algunos militantes del partido, de sus compañeros extranjeros o de los padres espirituales del socialismo internacional: todos los textos del ruso Lavroff, del italiano Labriola, del alemán W. Liebknecht, de los franceses Lafargue o Guesdes o, más

curiosamente, del norte-americano Henry Georges – asimilado por lo visto al socialismo, y con contribuciones en 1893, 1894 y 1897 – se publican entre 1893 y 1898. Ya en esta última fecha, y sobre todo en los años posteriores, es manifiesto el esfuerzo por "españolizar" las contribuciones anuales. Este objetivo se logra precisamente entonces gracias a la nueva influencia lograda por el P.S.O. entre los intelectuales españoles que aceptan participar en mayor número – y ya en tanto como grupo social definido – en los "extraordinarios" del semanario socialista. Hasta 1898, las únicas firmas relevantes en este aspecto que aparecen en la serie examinada eran las de los intelectuales orgánicamente vinculados al partido, como Rafael Oyuelos, Jaime Vera o el propio Unamuno de los años 1895–1896. Pero ya en el "extraordinario" de 1898 – fecha realmente clave aquí – aparecen para el 1º de mayo los nombres de Joaquín Costa,<sup>4</sup> de Jacinto Benavente (con "Mayo triste"), de Eusebio Blasco y de M.B. Cossío (con un trabajo sobre educación), la primera colaboración de J.O. Picón, el primero de los artículos "socialistas" de Pedro Dorado. Individualmente, cada uno de estos escritores podrá reiterar su colaboración en los años posteriores, o renunciar definitivamente a ellas: no reaparece la firma de Costa en *El Socialista* después de la ocasión mencionada, mientras, al revés, Dorado participará en la serie hasta el final. Pero la intervención de los intelectuales, considerada ya global y no individualmente, es de ahí en adelante una constante, se hace sistemática y es particularmente relevante en los años inmediatos a 1900. Ramiro de Maeztu ofrece en 1899 un trabajo sobre "Marx en la literatura", A.A. Buylla otro sobre "El problema social y el Estado", Pi y Margall envía un mensaje, *Clarín* el suyo – titulado significativamente "Afinidades electivas" –; Benavente, Cossío, Picón reiteran su gesto del año anterior, añadiendo su nombre a los de Unamuno o Dorado; en esa misma fecha de 1899 José Verdes Montenegro inicia una participación en la serie, prácticamente ininterrumpida ya hasta 1912.<sup>5</sup>

El cambio de siglo no modifica sustancialmente este panorama. La ya notada disminución de colaboraciones de cada número anual no es óbice para que surjan nuevas colaboraciones: en 1901–1903 aparecen por primera vez las firmas de autores como Bernaldo de Quirós (con contribuciones dedicadas a "El alcoholismo de los obreros" en 1901, a "La evolución de la pena" en 1902 y a la "Locura en la historia" en 1903) o Timoteo Orbe; por otra parte se amplía el cuadro de colaboradores propios del partido, con la llegada de hombres como Atienza o Meliá, el ahijado de Pablo Iglesias. Pero con el número correspondiente a 1903 es sensible, sin embargo, cierto retroceso en este proceso de acercamiento al socialismo por parte de los intelectuales, reducidos ahora a los hombres más próximos al P.S.O. (Unamuno, Dorado, Verdes, además de Vera). Pero la tendencia se vuelve a invertir en 1907–1908, reanudándose un proceso de colaboraciones amplias, paralelo a la emergencia de nuevas firmas militantes como la de Manuel Ciges Aparicio, que participa en los "extraordinarios" de 1908, 1909 y 1912. La transformación de *El Socialista* de semanario a diario no modificó el fenómeno y el "extraordinario" de 1913, primero de la segunda época, incluye las colaboraciones de Joaquín Dicenta, de José Ortega y Gasset (que entrega un largo artículo sobre "Socialismo y aristocracia"), de Buylla, Dorado o Verdes Montenegro; si Unamuno ha dejado de colaborar, aparecen por otro lado algunas de las

nuevas estrellas del firmamento socialista de aquel momento, con los trabajos de Julián Besteiro ("Socialismo y escuela") o Fabra Ribas ("La actuación socialista").

La índole misma de estos números extraordinarios que *El Socialista* editó durante tantos años excluía la publicación de artículos largos, propios de una revista. Por lo mismo no era de esperar que figurasen en sus columnas grandes documentos teóricos. Pero tampoco se orientaron los dirigentes socialistas hacia la fórmula periodística de diversión. En conjunto, los "extraordinarios" del 1º de mayo publicaron trabajos que suelen situarse en un plano intermediario entre el artículo de fondo y el panfleto, y que pueden clasificarse en tres grandes categorías. Por una parte están todos aquellos que podrían clasificarse como texto de combate inmediato, destinados a exaltar los ánimos, en una jornada más reivindicativa que propiamente festiva. Por lo mismo, muchos de los artículos publicados por los militantes más o menos conocidos, o la mayoría de los poemas debidos a la pluma de Alvaro Ortiz o de Eduardo Benot – los dos principales autores del género – glosan el contenido atribuido a esa fecha simbólica y pretenden ser gritos de combate que despierten la conciencia de los proletarios, en una ocasión juzgada propicia:

"Yo soy un pobre esclavo que cruza por la tierra  
como judío errante, sufriendo nada más;  
para curar mis penas espero solamente  
el triunfo de la ansiada Revolución social;"

así se expresa Ortiz, en conclusión de su "Canción del obrero" de 1894; diez años más tarde, Benot parece contestarle, con estos versos de su poema "De frente":

"... levántate iracunda,  
por nuevos ideales, ¡oh España!, a combatir;  
y grita a las naciones: Oid, pueblos del mundo;  
ya marchó con vosotros de frente al Porvenir."

Al lado de esta retórica altisonante escasea la inspiración más popular y la única muestra que de ella encuentro es esta bonita *carcelera* de Ramos Carrión, publicada en 1900:

"Por robar un panecillo  
en la cárcel me metieron  
y le faltaban tres onzas  
y está libre el tahonero."

Aunque pocas veces, esta veta impulsó a dirigirse a algún poeta extranjero: el "extraordinario" de 1893 incluye el poema de Heine "Los tejedores de Silesia" (en traducción de J.J. Herrero) y el de 1908 un poema de Carducci, traducido por Bernaldo de Quirós.

Una segunda categoría la constituyen los pocos textos más propiamente teóricos, referidos explícitamente al contenido del 1º de mayo, como por ejemplo un largo fragmento de Marx, publicado en 1898 bajo el título de "La jornada de trabajo"; la interesante tentativa de García Quejido por determinar la proporción de trabajo no pagado, esa "base del capital" según dice, publicada en 1894 y titulada "La acumulación capitalista y las horas de trabajo". Pero los textos de esta naturaleza no son abundantes, como ya lo daba a entender el escaso uso hecho de los teóricos del marxismo. Resulta así que, si los dirigentes de *El Socialista* rinden homenaje a Marx, no tratan de aprovechar esta ocasión anual para dar a conocer mejor su obra en España. Y esto, acaso, correspondía a una real opción ideológica hecha en favor de un socialismo, más reformista que revolucionario, muy presente en el tercer grupo de textos publicados.

Este lo constituye el conjunto de colaboraciones de muchos intelectuales referidas a diversos aspectos de la "cuestión social", enfocada en su sentido más amplio, que permite y justifica entonces la intervención de tal o cual autor en el semanario socialista. Buen ejemplo da de este movimiento Cossío, que encabeza su contribución de 1898 con estas palabras:

"Entendiendo por Socialismo exclusivamente obra social, he aceptado con gusto la invitación para colaborar en este número de *El Socialista*. Tal vez no sea inútil decir algo, precisamente, sobre el carácter social que empieza a iniciarse en la educación contemporánea."

*Clarín* le hace eco, el año siguiente, al afirmar por su parte que "en pro de los obreros, mucho pueden hacer unidos los socialistas y los que no lo son, a lo menos en el sentido corriente de la palabra", y al felicitarse de la amplitud de miras que demostraba el P.S.O. dirigiéndose a escritores como él. Políticamente, esta aproximación mutua presagió la llamada conjunción republicano-socialista que, a su vez, explica la presencia de mensajes de Benito Pérez Galdós en los "extraordinarios" de 1907 y 1911.

En definitiva, la materia difundida por estos números de *El Socialista* es bastante limitada y tiende sobre todo a convencer a los lectores de la necesidad de la lucha presente, a subrayar algunos aspectos de la injusticia o de la explotación (vista sobre todo en relación con la jornada de trabajo), a preparar el advenimiento necesario de otra organización social. Como escribía Unamuno en "Repetición", publicado el 1º de mayo de 1905:

"Los periódicos de doctrina son monótonos, y deben serlo. La verdad es monótona [...]. Hacen, pues, muy bien los propagandistas del Socialismo en repetir de continuo un número corto de principios, hasta que se los aprendan los obreros y los no obreros, como los niños se aprenden las respuestas del Catecismo."

Los "principios" así repetidos a lo largo de los años transmiten, sin embargo, una imagen de la transformación social lenta y paulatina, que excluye todo proceso revolucionario; por lo menos así lo entendía el propio Unamuno, que terminaba su contribución de 1907 con estas palabras bien claras:

"Los obreros españoles, más que los de otras partes, necesitan educarse en esta acción lenta y tenaz, a saber esperar. Saber esperar es la fuerza más grande."

Dentro de este esquema general, dos elementos me parecen particularmente importantes, en lo que a estos "extraordinarios" se refiere. El principal es, acaso, su existencia misma, en tanto que esfuerzo educativo sencillo, que permite abordar cuestiones muy diversas – desde la "misión de la mujer", examinada por Ana Kuliscioff en 1898, hasta la "cuestión del Ejército", objeto del trabajo de Verdes Montenegro en 1904 –, de forma que vayan haciendo mella en la conciencia de los trabajadores. "Cuanto más instruido es el obrero, mejor puede trabajar para su emancipación": este aforismo, que se lee en el "extraordinario" de 1900, subraya este aspecto, especificado acaso mejor todavía en 1902 en estos términos:

"Obreros: Huid del alcohol y aficionaos a la lectura. Ganarán con ello vuestra salud, vuestra capacidad y vuestros intereses."

Por otra parte, la publicación de estos "extraordinarios" de 1º de mayo me parece responder a la necesidad de aproximar el mundo obrero y el mundo intelectual, tan fuertemente experimentada por unos y por otros en aquellos años, y de que es buena prueba el manifiesto de 1º de mayo de 1892 publicado por *El Socialista*, en el que se leen estas líneas:

"[...] los verdaderos campeones del mejoramiento de los oprimidos y de la supresión del salariado son los elementos productores, esto es, los obreros intelectuales, los obreros agrícolas y los obreros de la industria. La unión firme, estrecha e inquebrantable de estos elementos arrancará a la burguesía la JORNADA DE OCHO HORAS y creará más tarde el orden colectivista o comunista que, garantizando a cada cual el producto de su trabajo, hará imposible la esclavitud y la miseria."

La "unión inquebrantable" así propugnada tardó en realizarse, si es que lo logró alguna vez; pero es indudable que, con estos "extraordinarios", el partido socialista daba un paso adelante en ese sentido, cuyos efectos se harían sentir a partir de 1896, cuando la crisis política e intelectual que atravesó entonces España obligó a unos y a otros a formular nuevos planteamientos reformadores.

## NOTAS

- 1 Para lo que se refiere no ya a artículos en la prensa sino a las obras publicadas por editoriales socialistas, véase Santiago Castillo (1979).
- 2 Sobre estos militantes pueden consultarse las biografías redactadas por Juan José Morato, reeditadas recientemente por V. Manuel Arbeloa (1972).
- 3 Las colaboraciones de Unamuno en la prensa socialista han sido objeto de dos recopilaciones (1966) y (1976). Ambas, sin embargo, omiten algunas de las contribuciones en estos "extraordinarios"; las del 1º de mayo de 1895 (sin título), la de 1902 ("El ideal socialista"), las de 1907 ("21 de abril - 1º de mayo", 1908 ("La solidaridad catalano-burguesa ante el 1º de mayo", 1910 ("Constancia") y por fin 1911 ("Como los teros").
- 4 Se trata del artículo "La jornada legal y consuetudinaria de ocho horas en el campo", posiblemente publicado con anterioridad por *La Controversia* en 1896 (ver George J. Cheyne 1981: 118).
- 5 Sobre José Verdes Montenegro y su papel dentro del partido socialista, ver María Dolores Gómez Molleda (1980: 45-49).

## BIBLIOGRAFÍA

Castillo, Santiago

- 1979 "La labor editorial del PSOE en el siglo XIX". En *Estudios de historia social*, 8/9: 181-196, Madrid.

Cheyne, George J.

- 1981 *Estudio bibliográfico de la obra de Joaquín Costa (1846-1911)*. Zaragoza.

Gómez Molleda, María Dolores

- 1980 *El socialismo español y los intelectuales*. Salamanca.

Lorenzo, Anselmo

- 1893 *Justo Vives*. Episodio dramático-social. Con un prólogo de Juan Lluas ("Literatura obrerista"). Barcelona: Biblioteca de La Tramontana.

Morato, Juan José

- 1972 *Líderes del movimiento obrero español (1868-1921)*. Selección y notas V. Manuel Arbeloa. Madrid.

Unamuno, Miguel de

- 1966 *Obras completas*. Recopilación de M. García Blanco y Rafael Pérez de la Dehesa. Vol. 9, Madrid.
- 1976 *Escritos socialistas*. Pedro Ribas recopilador, Madrid.